

INSTALACIÓN DEL SEMINARIO INTERNACIONAL “LA DEFENSA NACIONAL: UN BIEN PÚBLICO” Bogotá D.C., 8 de julio de 2002

El viernes pasado estuve en Leticia y recordé uno de los sucesos más interesantes de nuestra historia, cuando, a comienzos de la década de los treinta, Colombia vivió su único conflicto internacional desde los tiempos de la independencia: la llamada “Guerra con el Perú”.

La acción detonante de esta guerra fue la toma de Leticia por parte de un grupo de aventureros peruanos, la cual habría de desembocar en un lamentable enfrentamiento entre dos naciones vecinas.

Situémonos en esa época, hace prácticamente 70 años, en esa Colombia adormilada que comenzaba apenas a ingresar en la modernidad, y pensemos en qué podía significar Leticia para los colombianos: Las comunicaciones eran rudimentarias, las vías casi inexistentes, el servicio aéreo estaba en sus inicios, en fin, Leticia no era más que el eco lejano de una inmensa región colombiana, rescatada del olvido hacía menos de una década por la pluma magistral de José Eustasio Rivera. Pero nada más.

Sin embargo, ante el anuncio de la confrontación y la conciencia del riesgo de perder a Leticia y amplias zonas del territorio

amazónico, los colombianos de los años treintas, tal vez nuestros abuelos, se volcaron a apoyar la causa de Colombia. Los jóvenes se alistaron en el Ejército, los empresarios pagaron tributos especiales y las mujeres, en todo el país, en un histórico gesto de desprendimiento, entregaron sus joyas y hasta sus anillos de matrimonio para apoyar a los valientes soldados que luchaban en esa lejana y desconocida frontera.

Todas fueron manifestaciones de la conciencia de una nación sobre la urgencia de responder unida, acudiendo incluso al sacrificio de sus vidas y sus bienes, para defender la integridad de su territorio y la soberanía nacional.

Ejemplos conmovedores como éstos los encontramos en la historia de todas las naciones, cada vez que su libertad y su forma de vida libremente elegida se ven amenazadas o atacadas.

Recordemos el caso del pueblo de Inglaterra, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando soportó noche tras noche la furia destructora de los bombardeos nazis y cada mañana se levantaba, con más entusiasmo todavía, para recoger los escombros, enterrar a los caídos y seguir resistiendo, en medio de inmensos sacrificios, unido en torno a la decisión de salvar a su país del invasor.

En esas circunstancias no hay forma de pensar de manera egoísta ni se puede ser indiferente frente a lo que pasa. Cuando un país está siendo atacado, la labor de defensa nacional no radica únicamente en su Fuerza Pública sino que exige el concurso decidido y patriótico de toda la ciudadanía.

Pues bien, volviendo al recuerdo de la Guerra del Perú: si Colombia reaccionó de manera tan solidaria y con tal disposición de sacrificio frente a esas lejanas escaramuzas que se presentaban en una región selvática y prácticamente desconocida, ¿qué deberíamos esperar hoy de los colombianos, cuando el ataque de los terroristas contra la población civil, contra la infraestructura nacional y contra las autoridades, se ha diseminado por todo el país y golpea las puertas de nuestras casas?

No hay duda de la respuesta: Cuando la sociedad civil, la libertad y la vida de los colombianos, están siendo atacadas desde todos los flancos por los terroristas la única solución es unirse y presentar un frente compacto, dispuesto a apoyar con recursos y con acciones concretas a la Fuerza Pública, que es la fuerza protectora de las vidas de todos los colombianos, de nuestras instituciones y de nuestra democracia.

Aristóteles en la “Política”, describía el papel del ciudadano frente a la seguridad nacional, comparando a los miembros de una comunidad con los marineros que trabajan en un barco, en un texto que hoy se aplica muy bien al tema de este seminario. Él decía lo siguiente:

“De los marineros uno es remero, otro piloto, otro vigía, otro tiene una designación especial y, consiguientemente, como es claro, la más exacta definición de su respectiva excelencia será la de cada oficio. Con todo, hay una noción común que se aplicará a todos, como quiera que la seguridad de la navegación es la obra de todos, y a este fin tiende cada uno de los marineros. Del mismo modo, y no obstante lo desiguales que pueden ser, es obra de todos los ciudadanos la salvaguarda de la comunidad”.

Esto lo escribía Aristóteles en el siglo cuarto antes de Cristo, y todavía hoy –mucho más en situaciones como las que enfrenta Colombia- guarda total actualidad.

En efecto: cuando nuestra sociedad es cobardemente atacada, cruelmente atacada, por la acción del terrorismo, representada en secuestros, masacres, bombas y amenazas, no cabe duda de que cada uno de los ciudadanos –cada cual desde su campo de acción- debe comprometerse con la tarea de la defensa nacional, así como cada marinero se compromete con la tarea de mantener

la seguridad de la navegación. Como bien lo expresa el filósofo griego: La salvaguarda de la comunidad nos corresponde a todos.

Lo he dicho varias veces, y creo que hoy es la ocasión propicia para volver sobre esta idea: Las Fuerzas Armadas no son un actor más del conflicto armado interno. ¡Ellas son las representantes de todo un pueblo, de una sociedad, que está siendo atacada por agentes violentos!

Las Fuerzas Armadas son parte del cuerpo del Estado y el Estado somos todos. Lo que les pase a ellas nos pasa a todos los colombianos al mismo tiempo. Su éxito es nuestro éxito y su derrota sería nuestra derrota.

Yo pregunto, cuando leo o escucho opiniones de algunos que dicen: “la guerra no me concierne, sino que es algo que ocurre entre los militares y las fuerzas ilegales”, ¿cómo puede alguien que viaja en un barco, así no sea su piloto o miembro de su tripulación, decir que no le importa si el barco es atacado o si cae en una tormenta o si comienza a hacer agua?

Es insólito ver cómo algunos líderes o analistas, bajo el pretexto de un malentendido pacifismo, piden que los actores del conflicto - y en ellos incluyen, equivocadamente, a las Fuerzas Armadas- se

aparten de la sociedad civil, y se declaran, -como si ello fuera posible-, neutrales frente a la confrontación.

Pero parten de un presupuesto erróneo. Las Fuerzas Armadas no exponen su vida cada día en el conflicto interno, no se enfrentan a terroristas y delincuentes, por iniciativa propia y a su propio riesgo. Si ellas hacen esto es para defender a todos sus compatriotas, a los que no están armados, a los que están siendo atacados por acciones terroristas, masacres, secuestros y desplazamiento, para que recuperen su derecho a una vida tranquila.

¡Qué injusto sería que todos aquellos que recibimos los beneficios de la acción de nuestros valientes militares y policías nos declaráramos neutrales frente a su batalla, que es una batalla por nuestra libertad y nuestra vida!

¿Cómo puede alguien, un hijo de Colombia, declararse neutral en un conflicto en el que unos pocos violentos le han declarado una guerra sucia y sin cuartel a todo el país? ¿Cómo puede alguien ser neutral cuando esos mismos violentos asesinan a los humildes, roban y extorsionan, secuestran y destruyen con sus explosivos las vías, los puentes, las torres de energía, los tramos de oleoducto, las escuelas, los centros de salud, las casas de cultura, que con tanto esfuerzo hemos levantado?

¿Cómo puede alguien no sentirse bien representado por las Fuerzas Armadas cuando ellas, con su acción profesional y su entrega abnegada, han desactivado en este solo año cerca de 700 atentados terroristas que estaban destinados a causar muerte y dolor en el pueblo colombiano?

La defensa nacional es un bien público, y por eso mismo exige nuestro compromiso total y sin ambages, nuestra disposición al sacrificio, como única vía para lograr el éxito, no de las Fuerzas Armadas, no del Gobierno, sino el de toda una nación contra un puñado de violentos que quieren imponerse con la fuerza porque no se sienten capaces de convencer con las ideas.

En este conflicto sólo hay dos partes: por un lado, la sociedad que componemos todos y, por otro, los actores armados al margen de la ley que la están atacando. En estas circunstancias, resulta imperioso que los civiles nos pongamos del único lado posible: ¡el de Colombia!

Esto se aplica a todos y cada uno de nosotros, y, por supuesto, también a la prensa y los medios de comunicación.

Nunca antes, como hoy, la prensa en nuestro país se ha visto frente a un reto tan grande, un reto que exige responsabilidad, criterio y patriotismo. Hay que conciliar el deber y el derecho de

informar con el deber moral de periodistas y de colombianos de defender también -desde la tribuna de la prensa- la democracia y la libertad que hoy están siendo atacadas.

Lo digo no sólo como Presidente, sino también como periodista: La imparcialidad del comunicador tiene perfecta aplicación en tiempos de paz, cuando se discuten posiciones entre dos tendencias políticas, o entre el Gobierno y un gremio o asociación, o de cualquier otra índole. Pero cuando la nación misma se encuentra atacada por diversos frentes de violencia, en desarrollo de una arremetida terrorista, no es posible que los medios pretendan comportarse con supuesta imparcialidad entre las dos partes, pues no son dos partes equiparables ni ambas están enmarcadas por la legalidad.

Se trata del terrorismo, por un lado, y de la nación colombiana por el otro. Se trata de una guerra declarada por unos pocos intolerantes contra la sociedad civil, y en esta guerra sí que es imperioso que los medios tomen partido: el de la libertad, el de la democracia, el de la legalidad, el de la vida... En suma, como decía antes: ¡el de Colombia!

¿Y cómo hacerlo? No dejándose convertir en altavoces de los terroristas, no dándoles el gusto de propagar sus amenazas, y difundiendo, en cambio, las noticias de la Colombia positiva, de la

Colombia que trabaja, y los actos valientes de todos aquellos que resisten pacífica, pero firmemente, contra la violencia.

Así unidos: el Gobierno, las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación y toda la población civil podemos conformar un frente invencible para derrotar definitivamente a los terroristas que nos quieren imponer a sangre y fuego su régimen de terror y totalitarismo.

Apreciados amigos:

Los últimos tres días tuve la grata oportunidad de visitar varios departamentos del sur del país: Casanare, Amazonas, Putumayo y Caquetá. En ellos encontré la fuerza y vitalidad de una nación que resiste, de un país que se niega a entregar su territorio a unos pocos delincuentes, de un país que está dispuesto –desde la Guajira hasta Leticia- a defender a sus alcaldes, a sus concejales, a sus diputados, que fueron elegidos por el mismo pueblo.

Allí me encontré con alcaldes valientes, que se mantienen firmes frente a sus encargos democráticos, y les expresé personalmente mi respaldo y admiración, así como les reiteré las medidas que por decreto hemos expedido para incrementar su seguridad, tales como la utilización de los Fondos Locales de Seguridad para su protección y la de sus familias, la creación de un Programa

Especial de Protección para alcaldes y otros funcionarios municipales y departamentales en el Ministerio del Interior, la facilitación de mejores sistemas de comunicación para avisar sobre cualquier riesgo y la posibilidad, en casos extremos, de que despachen desde las capitales departamentales.

Los estamos apoyando con toda la decisión desde el Gobierno Nacional, y estamos conociendo directamente de su situación, comenzando por el mismo Presidente y sus Ministros que nos estamos desplazando por todo el territorio nacional.

Pero más allá de estas medidas, más allá de las cuantiosas recompensas que están vigentes y que serán entregadas a quienes den información eficaz que conduzca a la captura de los principales líderes de las FARC, la mejor protección, nuestra mejor arma, es la cooperación con la defensa nacional por parte de toda la población. Es decir, como se analiza en este Seminario, la apropiación del concepto de defensa nacional como un bien público.

El pueblo está saliendo a manifestarse pacíficamente contra las amenazas de los violentos. El pueblo está protegiendo a sus autoridades de quienes pretenden hacerles daño. Realmente emocionan los actos de valor civil que se han visto en El Molino, en la Guajira; en Cajibío, Totoró, Silvia, Jambaló y Toribío, en el

Cauca; en Firavitova y Mongua, en Boyacá; en Matanza, Suratá y Charta, en Santander; en Granada, en Meta; en Pereira y La Virginia, en Risaralda, y en tantos y tantos municipios donde la población ha salido a las calles o ha izado su bandera para decirle a los violentos: ¡NO PASARÁN!

Ojalá este buen ejemplo siga cundiendo por toda Colombia, porque, sin ninguna duda, cuando todos y cada uno de los colombianos nos hayamos hecho copartícipes de nuestra defensa como nación, no habrá ningún grupo violento o terrorista que se atreva a enfrentarnos.

Contra la fuerza de un pueblo unido, contra la fuerza de un pueblo decidido a defender sus instituciones y su libertad, ¡ningún terrorismo puede triunfar!

A un país apersonado de su defensa, ¡nada ni nadie puede doblegarlo!

Muchas gracias